

LAS TABERNAS DE TORRELAGUNA

No sé si Torrelaguna tiene muchos o pocos bares, lo que sí sé es que se han perdido casi todas las tabernas de Torrelaguna, lugares que guardaban una fuerte personalidad. Uno ya está resignado a que desaparezcan éstas por modernos establecimientos, que en absoluto consiguen mantener el alma que tenían sus antecesores. Sé que la modernidad y las nuevas normativas hicieron inviables cantinas legendarias de Torrelaguna, pero no por ello deja de sentir uno, un desgarramiento con la desaparición de cada uno de estos locales. España es un país que hace sociedad mayoritariamente en los bares, y en ellos reside y ha residido parte de nuestra intrahistoria.

Hagamos un repaso por alguno de los que nos dejaron.



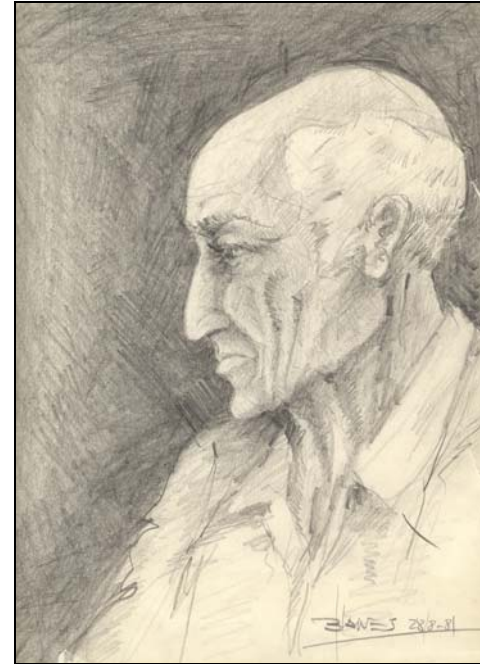
Casa Moraleda. Año nuevo de 1971

En el centro del pueblo, la puerta del Sol, se encontraban los bares más señoriales, el más emblemático y que aún persiste era el Bar España, al que todo el mundo llamaba "el Patata" tal y como hoy se llama. Este ha sido un bar de largo recorrido, que uno sólo conoce en las últimas épocas, pero que sabe por tradición oral, que fue el local a donde llegó la primera televisión, con todo lo que esto tenía de acontecimiento. Sé que durante mucho tiempo este establecimiento estaba

considerado para forasteros, de hecho es el único que conocen los visitantes cuando quedas con alguien de fuera. Su decoración ha cambiado poco en los últimos años, lo que es de agradecer, porque siempre que un local se enfrenta a una reforma hay que temerse lo peor. Pero como sigue vivo no nos detendremos más en él, ya que no hace falta tanto recordarlo



Foto de Santiago y pandilla, que adornó a lo largo de los años las Visitas de los parroquianos



Retrato de Santiago, Raúl Sanz Blanes, colgado en las estanterías de la taberna "El Quince"

como vivirlo. Tan sólo hacer mención a la sensacional terraza que siempre ha tenido y a las mesas y sillas de madera que todos los que tenemos unos años tendremos grabadas en la retina. En la misma Puerta del Sol se encontraba el Bar Peña, un local de larga barra y algo lóbrego, y que era el único que tenía servicio de billar español y mesas para jugar a las cartas. Hacía las labores de pequeño casino local, y poco más puede uno recordar de aquel bar, ya que hace muchos años que se transformó en el primer supermercado de Torrelaguna, otro acontecimiento.

En la calle de los Sastres, pegado a la mencionada puerta del Sol se concentraba la zona vinícola de Torrelaguna, dos tabernas ya desaparecidas eran el centro del chateo popular torrelagunense. Casa Moraleda era la taberna por antonomasia. Angosta pero acogedora, su especialidad era el vino de Valdepeñas, que bebieron más de una generación. No sólo de vino vivía esta taberna, que desde siempre también dio de comer al nativo y al forastero. Según se entraba a la taberna estaba el pequeño despacho de la clásica quiniela 1 X 2, atendida por el

patriarca de la familia. Encima de este despacho jamás se me podrá olvidar la cabeza disecada de una res brava, que nunca pude distinguir si era de novillo o de vaquilla; tal era el trapío de aquella testa.

Justo enfrente se situaba una de las tabernas más carismáticas que haya habido en Torrelaguna: *el Quince*, establecimiento que nunca se llamó así; por más señas no figuraba ningún letrero en su puerta. Al frente de la taberna estaba el sempiterno Santiago, con su mandil de tabernero y su aire a Rafael *el Gallo*. El local era amplio y de barra extensa, tal vez demasiado para las facultades cansinas del buen Santiago. El apodo del nombre le viene por su fama de lento, y como el número que figuraba en la puerta de su establecimiento era el 16, la retranca popular lo apodó como *el Quince*. Uno que pasó muchos años a esta taberna —hasta que se cerró—, recuerda las altas estanterías con artículos de tiempos pasados, pero que allí se mantendrían acompañando al personal: mecheros de pedernal, mechas, velas, pilas de petca... También en sus anaqueles se podía contemplar bebidas de otras épocas, coñacs de hombres, gin fish, anises y demás licores. Licores que nunca servía, porque allí sólo se daban vinos, cervezas y chicharos, y el que quisiera otra cosa era invitado a ir al bar de enfrente; no se puede decir que Santiago fuera un *avida dollars*, más bien un diletante. La decoración era muy característica, entre ella hay tres cosas que no puedo olvidar: la foto de un torero, que podría ser "*Orteguita*"; otra foto de una pandilla de parranda, con uno de los juerguistas con gorra de plato; y los calendarios con motivos sicalípticos, el que más éxito tuvo fue el de unas mozas con vestidos de época situadas en fortalezas medievales. Al final de la taberna había una recámara donde se almacenaban las cajas de las cervezas y los refrescos, y en donde en unas mesas de toda la vida, Santiago limpiaba aceitunas o hacía otras labores campesinas y departía con la fiel y cada vez más exigua parroquia.



Víctor en La Oficina, año 1958

Avanzando por la calle de los Sastres, nos encontrábamos con 'La Oficina', ¿cuántos bares en España tendrán este nombre, del segundo despacho de tantos funcionarios? Este bar tenía una decoración de los años 60 y se convertía en el epicentro en las Fiestas y salidas de misa. Su especialidad eran las gambas a la plancha, que anunciaban con un dibujo de una gamba rampante sobre los azulejos negros de la cocina. Otra especialidad extraculinaria de Víctor era atar cohetes de las Fiestas a las talanqueras de los encierros y prenderlos fuego, haciendo su explosión el ruido más grande por mí oído hasta que hice la mili en una batería de costa. Hoy en este lugar se encuentra 'La Colegiata', pero ni su mobiliario, ni la nueva distribución recuerdan a la antigua 'La Oficina'.



Pepa con su hijo Ramón en La Montera

Pocos metros más adelante rodeando la Iglesia nos encaminábamos a la calle de la Montera y en ella se ubicaba otro de los establecimientos míticos de Torrelaguna. También esta taberna fue de larga trayectoria, y paso por varias fases. La que primero recuerdo era la de taberna con mil especialidades de cocina y con el mejor comedor de toda la Villa; al frente de sus fogones estaba Pepa y sus hijas Julia y Manoli. En la barra un enfurruñado Rafael y sus hijos Ramón y Rafa. Nadie ha igualado sus tapas, sus ensaladas, sus guisos; nadie ha tirado las cañas como ellos. Allí se reunía todo Torrelaguna, los de la Villa y los

vecinos del Arrabal, los payos y los gitanos, que de cuando en vez se arrancaban por algún palo festero. Pero todo aquello pasó, con el fallecimiento de Pepa, y La Montera se convirtió, poco a poco, en una taberna lumpenaria, en 'La Taberna fantástica' de carne hueso del capullo de Alfonso Sastre (nunca un ser tan despreciable hizo una obra tan buena). En la última etapa estuvo al frente Ramón "Montera", que por estas fechas, de hace dos años, nos empezaba a dejar; después de estar jugando innumerables veces con la vida, la cornada final tuvo que ser en unas Fiestas de Torrelaguna, parece ser que no podía ser de otra manera. Como los toreros míticos, tuviste que entregar tu vida en acto de servicio.

Siempre te recordaremos por la alucinante taberna que regentaste durante muchos años. Hoy que la mayoría de los bares carecen de alma, a tu establecimiento le sobraba personalidad por los cuatro costados. Ya sé que el ambiente en los últimos tiempos, no era precisamente el de un colegio de pago, que los parroquianos no se encontraban entre la aristocracia local; pero somos muchos los que recordamos La Montera con regusto, por los muchos y buenos ratos pasados. Allí comimos las inigualadas sardinas, las patatas alioli, la tortilla "que su sabor maravilla". También allí muchos nos doctoramos en mus y en ping-pong. Allí comentamos cien



Exterior de La Catalana, calle Burgos

una corridas, y de la falta de torería de los nuevos diestros. Allí algunos te ayudábamos torpemente en rellenar alguno de los miles de crucigramas que detrás de la barra hacías. Allí oíamos tus surrealistas teorías sobre la vida, y tus frases lapidarias cuando alguien se ponía pesado: "a Marchamalo", "no me botargueés más" o "con lo fácil que es morirse o irse a tomar por...". Desgraciadamente, esta última sentencia es la que se cumplió contigo, aunque sólo a medias, no te fue nada fácil. Cuando subimos a tu velatorio, algunos vimos por fin en tu cara una mueca de sosiego. Descansa en paz.

Si en la misma calle de la Montera, girábamos por la calle de Burgos nos encontrábamos con 'La Catalana'. Otra taberna fantástica, recoleta y escondida ya de los recorridos principales, que sólo era frecuentada por la parroquia más fiel. Al frente doña Pepita y Félix, tanto monta monta tanto. La bonhomía de Pepita no tenía límites, cuando entraba mi pandilla, siempre nos trataba maternalmente; como si fuéramos unos chiquillos, y la verdad es que ya pintábamos más para golfos. No se nos podrá olvidar una tarde en que nos invitó

insistentemente a que pasásemos al salón donde tenía la televisión, para que viéramos en un programa musical de la época, tal vez 'Apaluso', a Cab Calloway, porque quería que nos maravillásemos, junto con ella, de las evoluciones de un artista octogenario cantando 'Minnie the Moocher'. Recuerdo su voz grave y su increíble acento vernáculo, y también recuerdo que

la primera vez que oí hablar catalán en mi vida, fue en esta taberna castellana, cuando Pepita hablaba con su hermana, las veces que la visitaba. Félix, que todavía anda dándose paseos por el barrio, era un tabernero eléctrico, que se dedicaba, de vez en cuando, a llenar una caña de no sé que licores, y después de una oteada para comprobar que no había moros en la costa, trasegarse la caña sin que sus labios tocasen el vidrio, hasta que todo el líquido resbalaba por su gaznate.



La Catalana, foto familiar de 1951

nombres y apodos (que es como nos conocemos en los pueblos), sí de Jesús, "el Trolas", y por supuesto de Lucio "el Campanero", que guardaba el tabaco en su pitillera de latón, con la efigie de Marilyn Monroe.

Un uno de enero, de un año de cuyo guarismo no quiero acordarme, cerró por imperativo legal, ya que tenían que emprender unas reformas imposibles en el establecimiento. Así, fríamente, paso a mejor vida, por muerte administrativa esta cálida taberna. Hoy, como una metáfora de los campos santos, han crecido verdes plantas encima de, la todavía en pié,

Eran famosas las estanterías que recorrían toda la taberna, con todas las bebidas inimaginables, y todas las versiones que sobre 'Larios' se hicieron, desde el torpe 'Lirios' a 'Gin Jabalí'. La pared de la derecha se dedicaba a productos de ultramarinos y el fondo a todo tipo de golosinas, antes de que se llamasen estúpidamente: "chuches" ¡que güay!, ¡chahi piruli! Entre las especialidades de la casa estaban las almendras, la caballa, el fuet, y otras delicias saladas. Pero si alguna hubiera que destacar, estaría su entrañable parroquia; recuerdo a casi todos, pero no los

barra de 'La Catalana', flores que a veces veo furtivamente, cuando Félix entorna la vieja puerta.

La última taberna de Torrelaguna que vi nacer y morir, fue Casa Felipe. También escondida de los trayectos principales, en la angosta calle de Fray José de Almonacid. Pese a ser nueva nació con todo el aire de una vieja taberna. Tenía un característico arco de medio punto que separaba el "salón" de la barra; barra corta que podía abarcar la envergadura del tabernero grandón. Como en casi todas las tabernas, con una nevera convencional se apañaba para enfriar los botellines a los que había que dar salida. Aunque en esta casa, lo que causó furor fue el calimocho de fórmula magistral, que servía en grandes cantidades. En los meses de frío era de los pocos establecimientos que servía un rico caldo para entonar el cuerpo. Culinariamente sólo recuerdo los cacahuets, que se servían directamente en la barra, y cuya unidad de medida era la enorme cantidad de vainas que pudiera abarcar en una mano Felipe: *"el puñado de alcahués"*. La cercanía de la televisión a la barra convertía la taberna en un auténtico cuarto de estar, y tan pronto se podía ver fútbol, una actuación de David Hasselhoff, que la película 'Mi tío' de Jacques Tati.



Vicente Acevedo en La Alegría, con parroquianos.

Sé que otros bares y cantinas existieron, pero yo sólo los conozco por referencias como 'La Alegría', 'El Sotanillo', 'El Candil', 'Porrones' o 'Comestibles F. Jiménez', seguro que estos locales encierran mil pequeñas historias, que por el momento a mí se me escapan.

Ignoro si todos los tiempos pasados fueron mejores, pero al menos en este aspecto, sólo sé que los hecho de menos.

Quiero agradecer la colaboración a Julia Hernanz, Clemen Escribano, Ricardo García, Antonia Berrendero, Félix Rodríguez, Carlos Suárez, Víctor García y Poli "Patatilla".

Óscar Jiménez Bajo



El mesonero Ricardo García, de niño, sentado en la terraza del Sotaniillo en 1935



Uzcudun sentado en la terraza del Bar España "El Patata"



Víctor en La Oficina, años 70



Santiago y Paquita en "El Quince" en 1991